

-Cuaderno de averías-

Whis

La persiana del taller subió con el mismo gemido de siempre, solo que esta vez no la alzó mi padre, sino yo, tirando de la correa con las dos manos y con esa torpeza que siempre me entraba al hacer cosas que eran suyas. El metal se quejó al plegarse hacia arriba y dejó pasar una claridad gris, llena de polvo suspendido, como si la mañana hubiera estado aguardando detrás de la persiana desde el día del entierro.

Dentro seguía todo en su sitio.

La mesa de trabajo, vencida por el centro. Las gavetas con tornillos revueltos. El calendario de una ferretería, clavado en abril de 2019. El flexo de cuello torcido. El olor a estaño, a aceite, a café recalentado en una taza que nadie se había atrevido a fregar desde que se lo llevaron al hospital.

Me acerqué a la ventana del fondo, la abrí un poco y la cerré enseguida. La calle, tan cerca, me molestó. No quería que entrara nadie, ni el aire, ni la voz de una vecina diciendo qué pena, tu padre era un santo, ni el ruido de los coches, ni nada que me sacara de aquella tarea concreta y desagradable: vaciar un taller antes de venderlo.

Saqué cajas del almacén y empecé por lo más fácil, que es como se empieza siempre con lo que duele. Cables. Alicates. Transformadores. Carcasas de radio. Un ventilador sin rejilla. Una bolsa entera de botones que nadie vino a buscar. Mi padre tenía una fe rara en las cosas averiadas. No tiraba una pieza, por pequeña que fuera. Decía que lo

roto no siempre está perdido. Yo, cuando era adolescente y me creía más listo que él, le contestaba que eso lo decía porque se ganaba la vida con ello.

No respondía.

Era de esa clase de hombres que parecían haber nacido con los bolsillos llenos de silencio.

A media mañana, al mover una caja de condensadores, apareció un cuaderno negro, de tapa dura, con una esquina doblada. No estaba escondido, pero sí colocado justo donde uno no mira primero. Tenía manchas de grasa en el canto y la goma elástica vencida. Lo abrí pensando que sería una libreta de encargos. Lo era, pero no solo.

Cada página tenía arriba un nombre y debajo la avería, la fecha y una letra diminuta, apretada, inclinada hacia la derecha. Al principio me hizo gracia, no sé por qué. Era como descubrir que mi padre había tenido una vida burocrática secreta.

“Matilde. Radio Philips. No entra bien la emisora, pero tampoco ella se resigna a escuchar otra”.

“Romero. Ventilador de pie. Hace ruido al arrancar. Como él cuando nombra al hijo”.

“Doña Elisa. Tostadora. Quema por un lado y deja pan blanco por el otro. Dice que ya no está para esperas”.

Leí varias de pie, apoyado en la mesa. Luego me senté en la banqueta y seguí.

Mi padre recogía una batidora y veía unas manos cansadas. Le dejaban un transistor y él se llevaba a casa una viudez, una bronca, un nieto que no llamaba, una muchacha que había empezado a fumar a escondidas. Nunca había pensado en él como en alguien especialmente atento. Para mí había sido, sobre todo, un hombre correcto. Un hombre que pagaba a tiempo. Un hombre que se lavaba las manos antes de cenar. Un hombre que, cuando murió mamá, no supo hablar y se dedicó a apretar más los tornillos del mundo.

Pasé páginas con una especie de rabia mansa.

Allí estaban los años del barrio. La época en que el kiosco aún vendía pilas de petaca. El verano en que se marchó el hijo del pescadero. La humedad de aquel invierno que hinchó todas las puertas. Yo aparecía solo de vez en cuando, casi siempre de refilón.

“Nico. Despertador rojo. Lo deja caer cada mañana y aún funciona”.

“Nico. Auriculares. Dice que se oye por uno solo. Igual es mejor”.

“Nico. Flexo de estudio. Bombilla bien. El fallo está en el cable”.

Mi nombre, tan escaso, me dio más miedo que si hubiera aparecido en todas partes.

Cerré el cuaderno y salí a por agua al bar de la esquina. El camarero, que me había visto crecer, me preguntó si necesitaba ayuda para sacar cosas. Le dije que no. Volví despacio, como quien retrasa entrar en una habitación donde lo espera algo.

Mi padre y yo no discutimos de verdad hasta el año en que dije que me iba. Yo quería estudiar fuera. Él quería que opositara, o que hiciera cualquier cosa que sonara estable, palabra que en su boca equivalía a decente. Le dije que no pensaba quedarme detrás de un mostrador de barrio, ni en una oficina triste, ni en ninguna vida ya decidida de antemano. No recuerdo qué me contestó exactamente. Sí recuerdo su manera de mirar cuando se quedaba sin argumentos: primero bajaba los ojos, luego cogía cualquier objeto cercano y lo desplazaba apenas un poco, como si el orden pudiera defenderlo.

Años después, cuando yo volvía por Navidad, nuestras conversaciones eran correctas y breves.

“¿Cómo va todo?”

“Bien”.

“¿Y la calefacción del piso?”

“Bien”.

“Pues abrígate”.

Era imposible pelearse con él, porque para pelear hacen falta dos y él siempre elegía retirarse a una zona donde no llegaba nadie.

Seguí leyendo hasta encontrar una página arrancada. Después de la hoja mutilada venía una entrada sin fecha.

“Flexo verde. Pantalla abollada. El golpe fue por rabia, no por torpeza. La bombilla está buena. El cable hace falso contacto y a veces parece que no llega corriente, pero llega. No conviene forzarlo. Basta pelar la funda con cuidado, unir lo que aún sirve y aislar bien la parte que quedó al aire”.

No había nombre. Lo reconocí igual.

Era mi flexo. El de segundo de bachillerato, el que estampé contra la pared la tarde que suspendí Física. El que él recogió del suelo sin echarme bronca siquiera. Yo me fui dando un portazo y, cuando regresé, ya estaba en mi mesa, enderezado, encendido, como si nada hubiera pasado.

Debajo de la descripción técnica, en una letra más pequeña, había una sola línea:

“No está fundido. Solo cree que sí”.

Me quedé mirando esa frase hasta que la luz cambió en el suelo. Lo que sentí fue algo menos limpio que el llanto. Vergüenza, por ejemplo. Y alivio. Y una pena antigua, no por su muerte, que todavía me resultaba irreal, sino por la cantidad de idioma que nos faltó mientras estuvimos vivos los dos.

Seguí pasando páginas por si había más, pero no. Solo esa frase suelta, casi escondida entre averías ajenas. Pensé en todas las veces que confundí su torpeza con falta de amor. En todas las veces que él, seguramente, confundió mi ruido con soberbia cuando

no era más que miedo. Pensé también en que había necesitado un cuaderno lleno de tostadoras, radios y ventiladores para decirme una sola cosa bien.

Al caer la tarde llené tres cajas, no más. Tiré muy poco. Dejé sobre la mesa las herramientas que iban a venir a recoger del compraventa. Guardé las fotos de carnet que aparecieron en un cajón. Vacíé la taza del café ya petrificado. Barrí el suelo alrededor del taburete donde él se sentaba a soldar.

Antes de bajar la persiana, volví a abrir el cuaderno por la primera página. Vi otra vez aquella letra inclinada, las observaciones mínimas, la paciencia puesta en cada objeto, como si el barrio entero le hubiera confiado no solo sus cacharros, sino su parte más íntima, la que uno entrega sin saber al dejar una avería en manos de otro.

Metí el cuaderno en el bolso.

Luego apagué el flexo de cuello torcido, cerré la puerta con llave y me quedé un momento quieto frente al escaparate. Mi reflejo apareció sobre las viejas cajas de radios, superpuesto al taller vacío, como si por fin compartiéramos un mismo cristal.

No me llevé destornilladores, ni alicates, ni el soldador azul que él cuidaba como si respirara.

Me llevé solo las instrucciones.